

EL DESARROLLO CULTURAL DE AMÉRICA LATINA

JOSÉ VERA L.*

I. INTRODUCCIÓN

DENTRO del marco global del desarrollo de la sociedad nacional, el desarrollo cultural se identifica con el proceso de ajuste entre los sistemas de información y de valores de la sociedad, orientado en el sentido de que ésta adquiera capacidad creciente para controlar su medio y adaptarse a él, a la vez que un grado satisfactorio de cohesión nacional. Esto implica la aceptación de valores y normas y de estilos de vida "racionales"¹ y, especialmente a partir del siglo XVIII, el proceso y difusión de la ciencia y la tecnología, en sociedades nacionales que tienden cada vez más a proporcionar igualdad de oportunidades para todos los sectores de la población.

En este aspecto del desarrollo, como en los restantes, la situación es distinta para cada país, aunque no sea imposible descubrir, también aquí, los grandes rasgos de un marco común para la región.

La primera etapa en el desarrollo cultural de los países de América Latina corresponde a la manifestación de cohesión nacional que todos experimentaron durante sus procesos de independencia nacional acompañada a menudo por una tendencia por lo menos declarada a reconocer el principio de la igualdad de oportunidades dentro del carácter político formal que asumió generalmente dicha independencia.

A partir de esta etapa, cuyo cumplimiento tomó más de un siglo en la región, la situación de los países se diferencia netamente. Para unos pocos, la obtención formal de la independencia política nacional es prácticamente todo lo que puede registrarse bajo el rubro de desarrollo cultural. Para otros, la independencia fue el punto de partida de procesos más o menos vigorosos de desarrollo cultural, que, si bien en ningún caso alcanzaron el grado necesario para apoyar el desarrollo autosostenido de las sociedades nacionales, ofrecen hoy un panorama en el cual, junto a deficiencias significativas es fácil encontrar logros nada despreciables.

* Consultor en Planificación de la Universidad Austral, Valdivia, Chile. Ha sido profesor de Economía y Director del Centro de Planificación de la Universidad de Chile, funcionario del gobierno de ese país y del Banco Interamericano de Desarrollo. Es autor de varias publicaciones sobre desarrollo, planificación y educación.

¹ La racionalidad a que aquí se alude es la de la adecuación económica de los medios a los fines: máximo producto con mínimo de recursos o máximo beneficio con mínimo costo.

Los elementos más débiles del desarrollo cultural de América Latina han sido los que facilitan a la sociedad el control y la adaptación a su medio; es decir, la vigencia de valores y normas racionales de vida y el progreso y difusión de la ciencia y la tecnología.

Debido a la debilidad de estos elementos, los ideales igualitarios que desde la independencia aparecen asociados con diversas manifestaciones de desarrollo cultural nunca pudieron traducirse en grados satisfactorios de igualdad de oportunidades para toda la población. Paralelamente, se han dado épocas en varios países de muy estrecha cohesión nacional, cuya intensidad no ha logrado quitarles, sin embargo, el carácter efímero a que estaban condenadas por su origen, asociado normalmente con la influencia transitoria de un líder carismático.

Con todo, sea a través de los esfuerzos por ganar mayor control sobre el medio o de los que en algunos casos se han realizado para formar una imagen definida de la sociedad nacional, se registran sedimentos positivos de cierta importancia.

Si se tratara de hacer una contabilidad de los progresos y las deficiencias, los rubros más importantes en el lado de los aspectos positivos serían, sin duda, el aumento sostenido que se registra en la eficacia de los gobiernos para cumplir funciones básicas de promoción del desarrollo nacional; el grado de organización internacional que exhibe la región y los avances que en varios frentes muestra la idea de la integración económica y eventualmente política de los países. En el lado de los aspectos negativos sobresalen, con facilidad, las deficiencias ya anotadas en materia de difusión de valores y normas de vida racionales y del progreso y difusión de la ciencia y la tecnología que se traducen, por una parte, en la ausencia de grados sólidos y estables de cohesión nacional, y, por la otra, en la dependencia excesiva del exterior a que se condenan inevitablemente unas sociedades nacionales que todavía no logran encontrarse a sí mismas.

II. LOS ASPECTOS POSITIVOS

La mayor eficacia de los gobiernos para cumplir algunas de sus tareas básicas, si bien se da en grados variables según los países, es un rasgo inequívocamente común en la región, especialmente durante la presente década. Desde luego, aún entre los círculos más recalcitrantes del liberalismo que tan eficaz y negativamente influyó sobre las políticas económicas de la región en los últimos 100 años, se reconoce ahora que la responsabilidad del Estado en la promoción del desarrollo desborda el planteamiento clásico del mero "estado-guardián" y se acerca a la imagen que los economistas nacionalistas de la Europa continental plasmaron para el Estado, complementada con la función típicamente moderna de la planificación de las inversiones.

Dentro de este marco general, hay diversos índices alentadores. En un número de países, incluyendo algunos de los más importantes, la

acción gubernativa ha logrado prácticamente erradicar la inflación que durante años pareció una enfermedad incurable. En parte este resultado es atribuible al notorio mejoramiento en el manejo de las finanzas públicas y de las variables monetarias, que también se registra en muchos de los países no afectados por procesos inflacionarios.

Los progresos registrados en el uso de las técnicas de planificación son asimismo sobresalientes. La abrumadora mayoría de los países [18] cuenta con alguna forma de Plan Nacional de Desarrollo Económico y los que no lo tienen se encuentran empeñados en la tarea de elaborarlo. Naturalmente, la difusión de la planificación y la elaboración de planes no significa que, en efecto, las economías nacionales están siendo controladas y orientadas de acuerdo con las normas de racionalidad de los planes; para esto se requerirían grados muy superiores de cohesión nacional, basados en mecanismos eficaces de participación de la población en las decisiones; pero es indudablemente un adelanto importante el que todos los países hayan absorbido por lo menos los elementos formales de la planificación.

Por otra parte, no todos los progresos logrados en este campo son puramente formales. A título de ejemplo pueden mencionarse los importantes adelantos en materia de reforma agraria registrados en Venezuela y Chile, cuya visibilidad no debería oscurecer los esfuerzos más modestos pero promisorios de países como Colombia y Perú (sin contar las decisiones espectaculares recientes en este último país) o los que con diversa suerte se intentan en Panamá, Ecuador y otros.

La educación es otro campo en el cual los países de América Latina han realizado progresos importantes; en realidad, espectaculares, si se tiene en cuenta que el crecimiento de las matrículas por lo menos duplica en los últimos diez años el crecimiento de la población y en algunos casos y niveles llega a ser tres y más veces superior. Como se verá más adelante, al hablar de los aspectos negativos de la situación, estos progresos aparecen confinados principalmente a los factores cuantitativos de los sistemas educativos nacionales cuyas deficiencias más urgentes son de tipo cualitativo. Sin embargo, sería absurdo desconocer la gran importancia para el futuro de la región de que una proporción creciente de la población está efectivamente accediendo a ese poderoso canal de movilidad social que es la educación.

Los ejemplos mencionados ilustran en parte el alcance del desarrollo cultural logrado en América Latina. Es cierto que estos avances en los sistemas de comunicación e información y en la capacidad de las sociedades para controlar su medio no están suficientemente apoyados todavía en sistemas apropiados de valores ni se benefician con las ventajas de la plena difusión del progreso científico y tecnológico; pero son avances que muestran un progreso cierto y tal vez irreversible que, además, se viene verificando con aguda premura. Nadie habría imaginado, por ejemplo, hace sólo 5 años, que los convenios entonces acordados entre el Gobierno de Chile y las compañías cupríferas norteamericanas para aumentar la participación nacional en la gestión de

las compañías habrían de ser sustituidos, a partir de 1969, por decisiones de nacionalización total, aceptadas libremente por las compañías dentro de un proceso de negociaciones razonablemente cordiales. Sin duda estos hechos se explican, en parte, como consecuencia de la nueva atmósfera que prevalece últimamente en las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, pero sería ocioso negar que la evolución mencionada obedece principalmente a la mayor capacidad ganada por el Gobierno chileno, que en este aspecto está bien acompañado por otros varios gobiernos latinoamericanos para manejar los altos intereses del país.

La segunda esfera importante en la cual se reflejan efectos positivos del desarrollo cultural de América Latina se encuentra al nivel de las relaciones interamericanas. Los cambios significativos comienzan, en realidad, con la década del sesenta. La creación del Banco Interamericano de Desarrollo, ratificada legalmente el 31 de diciembre de 1959, y el Acta de Bogotá, de 1960, son sus manifestaciones más sobresalientes.

Desde el punto de vista que aquí interesa, la creación del BID es un claro producto del desarrollo cultural de los países y de la región. Al establecer el Banco, los países reafirmaron la existencia de América Latina como un sistema de intereses comunes, crearon un mecanismo de planificación de las inversiones que ha de contribuir a la mayor racionalidad en el uso de los recursos internos y externos y dieron vida a un instrumento destinado a mejorar su capacidad de controlar el medio a través de la cooperación internacional y del uso más intenso de la tecnología.

El Acta de Bogotá por su parte, es el primer paso en el camino de la Alianza para el Progreso declarada en el año siguiente y ratificada en la primera reunión de Punta del Este y, en consecuencia, el punto de partida para el nuevo estilo implantado en las relaciones interamericanas durante esta década.

En relación con este nuevo estilo y con la Alianza en que se expresa, lo mismo que en el caso de la planificación, es preciso reconocer que su implantación fue un fenómeno más bien formal que no se tradujo, en la práctica, ni en las reformas de estructura a que los aliados latinoamericanos se comprometieron, ni en el aumento de la ayuda ofrecido por el aliado norteamericano. La razón es obvia. La realización de las reformas de estructura prometidas requería niveles de desarrollo cultural superiores a los existentes, es decir, grados de cohesión nacional, de predominio de valores racionales y de difusión de la tecnología, más altos que los que exhibían los países. En estas circunstancias, las metas acordadas en Punta del Este fueron más una manifestación de deseos que un anticipo de realizaciones y su presentación en la forma de metas se explica, tal vez, porque los aliados latinoamericanos posiblemente confiaron en que el cumplimiento de la promesa de mayor ayuda los capacitaría para convertir sus deseos en realidades.

Formal o no, lo cierto es que la Alianza para el Progreso representó un paso importante en el desarrollo cultural de América Latina

que, acompañado por el fortalecimiento en diversos frentes que entretanto ha experimentado la OEA, constituyen un factor significativo de apoyo al desarrollo de la región. Un buen indicador de lo anterior es la relativa rapidez y eficiencia con que el sistema intentó buscar una solución al conflicto último en Centroamérica. Por encima de la frívola atención que recibió inicialmente en la prensa, el conflicto respondió a raíces profundas y a causas socio-económicas importantes que, en cualquier otro ambiente internacional lo habrían hecho incontrolable. Nadie podría hacerse ilusiones, naturalmente, sobre los efectos constructivos del cese de hostilidades logrado, porque las causas profundas que desataron el conflicto persisten, son de larga data, y tomará tiempo superarlas. Pero nadie podría negar, asimismo, que el mecanismo de pacificación funcionó con encomiable eficacia.

Por otra parte, cualesquiera que sean las limitaciones del sistema, que sin duda las tiene, se trata de un sistema maduro pero abierto a la crítica interna; lo cual garantiza su capacidad de evolución y progreso.

Por último, en esta lista de aspectos positivos del desarrollo cultural de la región, los avances logrados en el camino de la integración económica y política merecen un lugar destacado. Desde el punto de vista del desarrollo cultural, lo logrado hasta ahora en términos de integración tiene significado especial en dos planos principales. Desde luego, porque la meta es la integración de países que si bien comparten rasgos y problemas comunes, guardan entre sí distancias y mantienen diferencias probablemente más profundas que las que se dan entre países de otras regiones con fisonomía propia en el mundo. Esto se verifica prácticamente con todos los indicadores del nivel de vida de la población; en cuanto al ingreso por persona, en el cual éstos se resumen, la diferencia entre los extremos se estima en el equivalente de uno a diez, es decir, mayor que la que media entre el ingreso por persona promedio de la región y el de Estados Unidos.

En segundo lugar, el proceso es interesante porque, mirado con una óptica formal, la meta integracionista parecería adelantada respecto de metas internas tan importantes como la unidad de propósitos que da la llamada "cohesión nacional" y que sin duda es condición indispensable para que la sociedad se proponga objetivos y arbitre los medios adecuados para obtenerlos.

Consideradas copulativamente, estas dos características parecerían conducir a la conclusión de que la integración es una meta ilusoria en América Latina. Pero esto sólo en la superficie. Aunque sea muy probable que la integración regional se identifique más con el deseo de los dirigentes que con una anticipación del futuro buscado, no es imposible por una parte, que los países más adelantados encuentren conveniente otorgar ventajas a cambio de la unión; y, por la otra, que los avances que ya se están registrando se erijan en factor catalítico de la cohesión interna de las nacionalidades comprometidas. No debe olvidarse que la marcha hacia la integración se viene dando en América Latina en

la forma de un proceso, con una dinámica propia, de la cual es lícito esperar un producto final superior a sus partes componentes.

III. LOS ASPECTOS NEGATIVOS

Las principales deficiencias en el desarrollo cultural de la región quedan ya apuntadas en el análisis recién hecho de sus aspectos positivos. Conviene sistematizarlas, sin embargo, pues en ellas ha de encontrarse el punto de partida para el examen de perspectivas que cierra este trabajo.

En sustancia, las deficiencias mencionadas pueden agruparse en dos grandes categorías: las de carácter propiamente interno, relativas a la falta de suficiente cohesión nacional, el predominio de valores, normas y actitudes de vida disfuncionales respecto del desarrollo, es decir, "irracionales", y la parvedad del progreso y difusión de la ciencia y la tecnología. Al lado de estas deficiencias y como reverso de las mismas, más que como su contrario, las limitaciones culturales implícitas en una dependencia excesiva del exterior en los planos de el consumo personal, el tipo de soluciones tecnológicas empleadas para resolver los problemas económicos y, más en general, la orientación de las soluciones aceptadas para los diversos problemas del funcionamiento de las sociedades nacionales.

Todas estas deficiencias, dentro de cada categoría y las de ambas entre sí, están íntimamente relacionadas. En realidad, son sólo diversos aspectos de un mismo complejo sujeto: el subdesarrollo cultural. A título de ejemplo de la forma en que pueden relacionarse estos factores puede construirse la siguiente secuencia: el grado de cohesión social depende en gran medida de la naturaleza de los valores sociales vigentes; la difusión de la ciencia y la tecnología, por su parte, depende del grado de cohesión social y un nivel elevado para ambos se traduce en menor dependencia del exterior ya que los valores que apoyan la cohesión social determinan formas de consumo compatibles con las circunstancias nacionales. La difusión de la ciencia y la tecnología provee soluciones tecnológicas propias para los problemas económicos y el conjunto de valores autóctonos y soluciones tecnológicas propias estimula la adopción de soluciones originales, orgánicamente adaptadas a la naturaleza de los problemas de la sociedad.

Debido a estas relaciones de interdependencia, el análisis a veces inevitablemente aislado de los factores mencionados resulta engañoso si no se tienen presentes las relaciones que los unen. Es lo que se intentará evitar, dentro de lo posible, en los párrafos que siguen.

Prácticamente en todos los países de la región se han dado, en una o más épocas de su historia, períodos caracterizados por un relativamente alto grado de cohesión social. En forma típica en todos los casos, salvo dos excepciones, se ha tratado de la reacción provocada por situaciones de emergencia, o por el llamado de un dirigente carismático

cuyo mensaje llegó a la masa de la población. La duración de estos períodos fue generalmente corta; cuando fue larga, de dos o tres decenios,² ello ocurrió bajo la férula de dirigentes que supieron organizar su gobierno en beneficio de sí mismos, sin consideración por el bienestar ni por el futuro de la sociedad nacional. Ocasionalmente, en algunos países, se dio el caso de dirigentes ilustrados que lucharon por el progreso social y la modernización, pero ninguno hizo escuela duradera.

Se exceptúan parcialmente del juicio anterior los períodos de las dos posguerras. En la primera posguerra y principalmente durante los años 30, bajo la presión de la crisis, algunos países desarrollaron la unidad de propósitos necesaria para emprender políticas de industrialización sustitutiva de importaciones cuya realización implicó grados elevados y crecientes de cohesión social. En la segunda posguerra estas políticas, en parte fortalecidas por el movimiento hacia la integración, se difundieron hasta incluir a prácticamente todos los países de la región.

La gran interrogante, que de un modo u otro está siendo contestada en la actualidad en cada uno de los países y tal vez, también en los organismos y asociaciones internacionales, es la de hasta qué punto la cohesión social que tales políticas implican es tan profunda y duradera como para servir de apoyo a procesos autosostenidos de desarrollo nacional.

Sin pretender que lo que sigue constituye una respuesta, puede adelantarse algo en la comprensión de la situación por la vía de la clasificación. Desde luego, parece lícito separar cuatro países: México, Venezuela, Chile y Bolivia, que si bien en circunstancias históricas muy distintas, tienen como factor común el haber logrado quebrar el *status* tradicional mediante la realización de reformas agrarias significativas.

Imposible decir, a base de lo que se sabe hoy, si la estabilidad política y el progreso económico mexicanos de los últimos tres decenios se prolongarán o si el país buscará nuevas soluciones bajo la presión de las tensiones que va acumulando en sus ciudades el proceso de migración rural-urbana a que está sometido. O si en Venezuela se mantendrá el ritmo de cambios comenzado hace diez años y si podrá el país, con el apoyo de su excepcional riqueza petrolera, demostrar que el insatisfactorio modelo de desarrollo de la región puede, eventualmente, dar paso al proceso autosostenido que se busca. O, finalmente, si en Chile, con su experiencia de sólo un quinquenio de cambios revolucionarios se habrá llegado ya a la madurez cultural necesaria para aceptar el cambio con progreso como factor permanente de la vida social.

Está, por otra parte, el caso peculiar de Bolivia, que después de un largo período revolucionario durante el cual parecieron quedar destruidas todas las viejas estructuras, no parecería haber alcanzado todavía la meta de la construcción pacífica de la nueva sociedad.

² Las dos excepciones que también aquí deben hacerse son: Chile, entre 1840 y 1870 y México, desde 1930.

En un plano distinto habría que ubicar a países como Colombia y Perú en los cuales, mediante esquemas muy diferentes, se advierte sin embargo una activa lucha en desarrollo para configurar una imagen nacional dinámica. Formalmente, el caso de Colombia parecería de mayor promesa, ya que opera a base de un esquema "normal" dentro de la ortodoxia democrática de la región. Pero cabe preguntarse, tal vez con mayor base que en el caso de Chile, si la obra renovadora de los últimos años calará lo suficientemente hondo para perdurar. En el caso de Perú, en cambio, la espectacular novedad de las soluciones que viene ofreciendo el actual gobierno tal como las que, en un tono menor se habrían comenzado a dar en Panamá, obligan a abrir un compás de espera y de cuidadosa observación.

Consideración aparte merecen también los casos de Argentina y Brasil, países en los cuales se vienen llevando a cabo, en condiciones similares de excepción, esfuerzos sistemáticos para establecer, o tal vez restablecer, condiciones favorables para el desarrollo de la unidad nacional de propósitos y de la cohesión social requeridas por el progreso.

Finalmente, la desgraciada experiencia vivida por Honduras y El Salvador, por lo menos muestra hasta qué punto son frágiles los esquemas de integración cuando sentimientos nacionales arraigados encuentran la oportunidad de aflorar. Cabría confiar, en todo caso, en que la violenta experiencia sufrida por estos dos países contribuya en algo al afianzamiento de sí mismos y, con la ayuda sostenida del sistema interamericano, a su reincorporación activa al proceso de integración en que estaban empeñados.

En cuanto a los países restantes, cuyo reducido tamaño no es obstáculo para que en ellos se dé prácticamente toda la variedad del conjunto de la región, sólo cabría repetir la misma pregunta que parece válida para la región: ¿Han alcanzado el grado de cohesión social requerido por sus aspiraciones de desarrollo?

Con el solo propósito de ubicar en una perspectiva adecuada el cuadro clasificatorio recién presentado, vale la pena recordar aquí la opinión de aquellos estudiosos de los problemas del desarrollo de América Latina que sostienen la llamada "inviabilidad" del modelo de desarrollo adoptado por los países de la región. Según esta opinión, el crecimiento económico vía sustitución de importaciones encuentra pronto límites, a los que ya habrían llegado los países más adelantados, y que resultan insuperables dentro de las condiciones del modelo.

Buena parte de los teóricos del desarrollo en la región estarían de acuerdo con este planteamiento; pero el acuerdo se desvanece cuando se trata de contestar a la pregunta sobre la forma en que los países podrían superar los límites señalados. Para unos, la respuesta es la empresa privada y la libertad a los mecanismos del mercado, más la ayuda externa; otros piensan que el Estado debe concentrar en sus manos la responsabilidad básica, buscando algún apoyo en el sector privado interno y ayuda externa pública controlada; otros finalmente, creen que es requisito indispensable romper las estructuras tradicionales

y sustituirlas por otras, funcionales al desarrollo, que podrían operar sobre la base de la cohesión social y de los valores nacidos al calor de las propias acciones de reforma estructural.

Durante los últimos veinte años las fórmulas mencionadas, más o menos recortadas, han tenido la oportunidad de ser puestas a prueba en países de la región. Los resultados no son conclusivos; tal vez las propias experiencias no fueron completas o suficientemente prolongadas. Cualquiera que sea la explicación, el hecho es que ninguno de los países de la región parecería poder reclamar, todavía, el alto grado de cohesión social y el correspondiente predominio de valores racionales indispensables para sostener procesos dinámicos de desarrollo nacional. Como tampoco puede decirse que todos o alguno de los países haya fracasado en la empresa puesto que cada sociedad tiene algún grado de cohesión y sostiene en alguna medida valores racionales,³ el beneficio de la duda implícito en la palabra "todavía" intercalada en la conclusión anterior debe entenderse específicamente en el sentido de que las sociedades latinoamericanas están en el proceso de encontrar su cohesión interna y de establecer el predominio de los valores racionales que exige el desarrollo. En realidad, la connotación de angustia y búsqueda que es fácil detectar en la literatura técnica y política relativa a los problemas del desarrollo es lógicamente atribuible a estos aspectos subjetivos de dicha problemática más que al tamaño de ciertas brechas o a la naturaleza de determinadas relaciones técnicas o económicas.

Una indicación relativamente objetiva de la proximidad en que las sociedades pueden encontrarse respecto de estas elusivas metas culturales es el grado de difusión del progreso científico y tecnológico. En definitiva este factor es el que determina la capacidad de la sociedad para controlar su medio y no parece arriesgado decir que el grado de desarrollo cultural de América Latina, el primer aspecto en materia de capacidad para enriquecer el acervo del conocimiento científico y para usar con eficacia sus proyecciones tecnológicas. Vale la pena, en consecuencia, intentar un examen más detallado de este punto.

IV. LA DEPENDENCIA CULTURAL Y EL PROGRESO CIENTÍFICO Y TECNOLÓGICO

Como se anticipó al abordar el tema de los aspectos negativos del desarrollo cultural de América Latina el primer aspecto en materia de dependencia cultural del exterior es el de los hábitos de consumo. El argumento es de sobra conocido de suerte que basta aquí con un resumen esquemático. Por la vía del llamado "efecto de demostración", cuya eficacia aumenta en relación directa con el perfeccionamiento de los medios de comunicación, los sectores de ingresos altos y medios

³ Si no fuera así, las sociedades latinoamericanas no se sentirían incorporadas a la civilización occidental, cuya esencia es la racionalidad y podrían asimilarse, en cambio a algún tipo de cultura mágica o religiosa.

de los países subdesarrollados asimilan los hábitos de consumo dominantes en los países de alto ingreso por persona, con lo cual obstaculizan el desarrollo nacional porque llevan a una asignación irracional de los recursos disponibles, internos y externos, a la vez que alientan la llamada "revolución de las expectativas crecientes" en el resto de la población y las tensiones sociales de diverso orden que esta "revolución" implica.

La connotación de dependencia excesiva que se adscribe a esta situación radica en el carácter irracional del uso de los recursos que implica; en el plano cultural dicho carácter se explica porque el fenómeno envuelve, en última instancia, un trasplante de formas culturales que contradice la lógica interna de la unidad de la sociedad. En otras palabras, al asimilar hábitos de consumo de otras sociedades, los países subdesarrollados están importando valores sociales, lo cual implica negar o ignorar los valores propios correspondientes y, por tanto, una conducta irracional.

De parecida naturaleza, aunque no tan sustantiva, es la cuestión relativa a la situación de dependencia externa en que se encontrarían los países latinoamericanos en materia de orientaciones generales de su política económica. Los factores o canales a los cuales se les atribuye generalmente la responsabilidad de esta dependencia, son el control que las empresas extranjeras todavía ejercen en muchos casos sobre los recursos básicos de los países y sobre su vital sector exportador; y el endeudamiento externo que se hace excesivo por la insuficiencia dinámica de la economía de los países deudores y por esta vía los somete a las decisiones del exterior.

En relación con este punto, más que las formas objetivas que pueda adoptar una situación de dependencia, lo que realmente importa es saber si a tales formas objetivas responde, en efecto, algún tipo de dependencia cultural. La situación en este sentido, de nuevo, es variada, al mismo tiempo que claramente orientada hacia una independencia creciente. Para juzgarla en forma equitativa es indispensable ubicarla en una perspectiva temporal adecuada. En general, con unas pocas excepciones aisladas que apenas tuvieron algún valor romántico, durante todo el siglo pasado y hasta la tercera década del actual, los países de América Latina vivieron en completa dependencia cultural respecto del liberalismo económico inglés de comienzos del siglo XIX. Tan completa fue esta dependencia que, sin excepción, ningún país tomó nota del proteccionismo industrial consistentemente aplicado en Estados Unidos bajo la inspiración de Franklin y Hamilton; ni de las elaboraciones teóricas de mediados de siglo adelantadas por economistas como Federico List y otros; ni, por cierto, de la aplicación de estas teorías por parte de Alemania, Francia o la propia Inglaterra.

Los efectos devastadores de la gran crisis afectaron también esta situación de dependencia y varios países adelantaron por un camino propio: el de la industrialización vía sustitución de importaciones. El significado de este nuevo camino en relación con el desarrollo cultural

ha sido analizado ya en páginas anteriores; sólo cabría agregar aquí, para atenuar en parte el carácter más bien indeciso de las conclusiones que antes se expusieron que, como lo demuestra la experiencia de México y las acciones recientes de países como Chile, Perú, Panamá, Ecuador y otros, se está difundiendo en América Latina un definido espíritu de autoafirmación con contenidos reales y muy específicos respecto de las compañías extranjeras, por ejemplo, que sin duda exceden el de las declaraciones altisonantes del pasado. Parece claro que los países de la región adelantan en la tarea de gobernarse con más independencia de las ataduras culturales tradicionales. Por otra parte, tanto el desarrollo del sistema interamericano como el movimiento hacia la integración regional comentados anteriormente son factores importantes de contrapeso de la dominación que puede ejercerse por la vía del endeudamiento y, en consecuencia, factores de independencia cuya significación real debe ir creciendo con el tiempo.

Finalmente, queda la cuestión relativa a la dependencia implícita en el uso de las tecnologías elaboradas para satisfacer necesidades de economías más desarrolladas. Sobre este punto la discusión se mantiene activa. En resumen, sus términos son los siguientes. La tecnología moderna, de alta productividad por unidad de trabajo y alta eficacia marginal del capital, es el producto constantemente perfeccionado de cerca de dos siglos de evolución de economías nacionales que a la fecha han alcanzado niveles muy altos de acumulación de capital y de conocimientos a la vez que una gran diversificación de la producción. En estas economías, el progreso tecnológico es un factor dinámico fundamental que por una parte refleja la escasez relativa de la mano de obra y el aumento consiguiente de su costo y, por la otra, permite mantener e incluso mejorar las ventajas comparativas económicas de que gozan los países desarrollados en la competencia internacional.

Por su parte, los países subdesarrollados han llegado a tomar conciencia de que su única posibilidad de superar el subdesarrollo radica en participar activamente en el mercado internacional, no sólo con las materias primas que han exportado tradicionalmente, sino principalmente con bienes elaborados. Debido a que el mercado internacional de estos bienes funciona sobre la base de las calidades y precios determinados por la tecnología moderna en los países desarrollados, hay una fuerte tendencia en los países subdesarrollados a incorporar esta tecnología a su producción industrial a fin de poder exportarla.

El problema surge porque en los países subdesarrollados, típicamente el capital es escaso y la mano de obra abundante, lo que haría contradictorio el uso en ellos de la tecnología moderna, elaborada para servir a sociedades en las cuales la mano de obra es escasa y el capital abundante y cuyo progreso cada vez más acelerado por una parte refleja esas disponibilidades relativas y por la otra contribuye a acentuarlas.

Frente a esta situación hay quienes sostienen que, contradictoria o no, la única solución posible para el problema vital de la producti-

vidad es el empleo de la tecnología moderna y que, en consecuencia, los países subdesarrollados no deben vacilar en emplearla. Respecto al problema de la mala asignación de recursos que estaría envuelta en la contradicción mencionada, los partidarios de esta posición sostienen que, eventualmente las economías nacionales podrían dar empleo a su fuerza de trabajo redundante a través de los efectos multiplicador y de aceleración que desatará la expansión de la capacidad productora industrial moderna.

Para otros, en cambio, el planteamiento anterior es inaceptable porque se basa en el supuesto falso de que sólo las técnicas de alta productividad del trabajo y eficacia marginal del capital pueden generar productos industriales de calidad y precios competitivos en los mercados internacionales y, además, porque su aplicación significaría, alternativamente, costos sociales insostenibles debido a las altas tasas de desempleo que el planteamiento implica, o volúmenes de recursos de capital excesivos para la capacidad de ahorro y endeudamiento de los países. Los partidarios de esta posición sostienen que los países subdesarrollados, vitalmente interesados en utilizar sus escasos recursos de capital con la mayor eficacia posible, deberían buscar soluciones tecnológicas que, junto con asegurar la calidad y precios requeridos por el mercado internacional, asegurarán también el pleno empleo de la fuerza de trabajo de que disponen. Esto significaría aceptar niveles de productividad del trabajo inferiores a los que prevalecen en los países desarrollados, pero superiores en todo caso a los que típicamente se dan en los subdesarrollados. Por otra parte, sigue el argumento de que estas soluciones tecnológicas garantizarían la máxima eficacia del capital medida en términos, por un lado, de la potencialidad de crecimiento implícita en la capacidad para competir en los mercados internacionales de bienes industriales y, por el otro, de la capacidad que ganarían las economías para ofrecer empleos de productividad baja pero creciente a toda su fuerza de trabajo.

Miradas con la óptica del plano cultural, las posiciones de esta polémica pueden definirse, la primera, como de aceptación de la dependencia cultural que implica la importación de tecnologías (en el sentido de que niega la posibilidad de soluciones nacionales), y la segunda como de búsqueda de la independencia. Para entender el concepto de "dependencia" envuelto, debe recordarse que la llamada "tecnología moderna" es uno de los productos de la evolución de sociedades nacionales comprometidas de antiguo en un activo intercambio económico, social y cultural, y que han compartido valores sociales importantes, por algunos de los cuales incluso han luchado juntas o entre sí. En su calidad de producto de la evolución de tales sociedades nacionales, la "tecnología moderna" no es neutra desde el punto de vista cultural; por el contrario, refleja valores sociales y su evolución y, lo que es más importante, sirve con eficacia las necesidades de la sociedad nacional que la utiliza en la medida en que los valores que implica son compatibles con los restantes valores de la sociedad. Por esta razón,

la idea de que es posible convertir una sociedad subdesarrollada en desarrollada mediante el expediente de inyectar en ella la dosis apropiada de tecnología moderna implica postular que los restantes valores de la sociedad se harán compatibles con los que envuelve el uso de la tecnología, es decir, una clara situación de dependencia cultural respecto de las sociedades cuya tecnología se importa. En principio, no parece que haya problemas insuperables respecto de la posibilidad de que los países de América Latina encaucen su futuro dentro de un marco de dependencia cultural de sociedades como la norteamericana u otras sociedades desarrolladas. Los ejemplos de Puerto Rico, en un extremo, y de Cuba, en el otro, parecen demostrar que, en efecto, no hay barreras infanqueables en este sentido. Naturalmente los países, es decir los góbenantes y las clases dirigentes en general, deberían tener clara conciencia de las implicaciones culturales del camino elegido.

V. PERSPECTIVAS

Por otra parte, si la elección se inclina en el sentido de la independencia, más que útil es indispensable saber en forma bien definida lo que esto significa. Desde luego, teniendo en cuenta el estado incipiente en que se encuentran el cultivo de la ciencia y el desarrollo tecnológico en la región, el camino de la independencia cultural significa un esfuerzo muy superior a todo lo que hasta la fecha se ha realizado en este campo. En verdad, un esfuerzo enteramente revolucionario.

Esta afirmación puede parecer excesiva. Piénsese, sin embargo, en todo lo que se ha hecho durante esta década y en cuán lejos se encuentra todavía la región de una situación que pueda considerarse siquiera promisoria.

Desde luego, en el campo de la educación, cuyo fortalecimiento y desarrollo es indispensable para el cultivo de la ciencia y el progreso tecnológico, se ha verificado efectivamente una considerable expansión cuantitativa, pero los aspectos cualitativos han recibido escasa o ninguna atención. Esto es grave por varias razones. En primer lugar, si se tiene en cuenta el carácter típicamente poco funcional para el desarrollo de los contenidos de los sistemas educativos de América Latina, es dudoso que su expansión puramente cuantitativa tenga efectos muy significativos. En segundo lugar, la reforma cualitativa de la educación es requisito indispensable para promover el necesario cambio en los valores, actitudes y normas de la población, así como para implantarlos en las nuevas generaciones. Finalmente, sin un mejoramiento muy sustancial de la calidad de la educación, a todos los niveles, es de nuevo dudoso que el esfuerzo de unos pocos científicos de alto nivel tenga efecto multiplicador sobre el sistema educativo y la sociedad, como asimismo la continuidad que es vital para el progreso en este campo. Es digno de anotar aquí el hecho melancólico de que América Latina

con una tradición universitaria de más de cuatro siglos ha ganado el premio Nóbel sólo dos veces para sus científicos.

Lo que se haga en materia de educación es decisivo y debe permear los restantes aspectos de la situación especialmente en el campo de los valores y actitudes de la población. Hay que recordar, sin embargo, que la independencia cultural exige, además, nuevas soluciones tecnológicas y de organización de la producción como asimismo probablemente nuevas formas de organización social y política de las sociedades nacionales que respondan, por una parte, a los requerimientos de un desarrollo apoyado en valores propios y, por la otra, a los que plantea el proceso de la integración regional.

Realmente, sin un impulso radical, de corte revolucionario, no se ve cómo podría emprenderse la tarea.

Por otra parte, como en esencia el esfuerzo que aquí se requiere es fundamental uno de afirmación de la identidad nacional de cada sociedad, de independencia de lazos culturales cuyo peso secular debe ser finalmente sacudido con energía, la responsabilidad última es de todos y cada uno de los ciudadanos de América Latina.